

Mientras Europa hacía poesía, aquí inventamos el submarino

JOAQUÍN GIRONELLA COLL
*Académico y Miembro de la Aerospace
Medical Association*

Esta es más o menos la frase que vi escrita, hace ya algunos años, sobre una fotografía enmarcada en un salón de un hotel en la ciudad de Figueras, que me es imposible recordar, y que agradecería enormemente si alguien pudiera volvérmela a resituar.

Encontré la expresión fascinante, produciéndome al instante un fuerte impacto emocional que alivió esa perversa sensación de perder siempre con las comparaciones.

Más que una oculta sensación, es una realidad psicológica semiconsciente que se ha ido gestando a lo largo de muchos años en nuestras mentes, en forma de un sentimiento colectivo de inferioridad, que percibe siempre como mejor o deseable lo que viene de fuera. Una forma negativa de pensar que ha ido tejiéndose, lenta e inexorablemente, en la mente de muchos españoles a lo largo del tiempo.

La frase fue catártica, con un potente efecto terapéutico añadido. Mi mente se iluminó con lo escrito en el margen inferior de la fotografía. La expresión me pareció genial, retardora, apocalíptica en su acepción de «revelación», «quitar un velo», en un escenario donde aparecen numerosos personajes y hechos a los que no hemos dedicado ni nuestro tiempo ni nuestra atención. Casi podría decirse que lo hemos colocado en un apartado de nuestra memoria similar al baúl de los recuerdos.

Aunque cronológicamente, el primero en concebir el submarino fue

el riojano Cosme García, el inventor más renombrado es el ampurdanés Monturiol, creador del primer buque submarino con motor a vapor y que navegó por el fondo de las aguas del Mar Mediterráneo en las cercanías de Barcelona y Alicante. ¡Nada menos que en 1859!

No acabaron aquí los inventos subacuáticos españoles. Mientras el resto de la convulsa Europa hacía poesía purificadora para superar sus cuitas aquí seguíamos en modo creador.

A estos primeros sumergibles se le añadirá el primer submarino torpedero eléctrico, inventado por Isaac Peral, y que revolucionó la navegación submarina. El buque fue botado en 1888 en Cartagena. Para situarnos cronológicamente, Alemania no dispuso de submarinos hasta la primera guerra mundial, casi cuarenta años después.

Otros muchos personajes del malogrado siglo XIX español podrían figurar con letras de molde dentro del grupo de grandes científicos. Dejando a muchos de ellos en el tintero,



N. Monturiol, pionero de la navegación submarina con el Ictineo

destacan algunos como, Leonardo Torres Quevedo, matemático e ingeniero, prolífico innovador y genio de su tiempo, creador del primer juego por ordenador de la historia.

Ramón Varea ingeniero, escritor e inventor, y que dejó huella en la historia de la computación, ideando y patentando hacia 1865 en Nueva York la primera calculadora mecánica capaz de realizar multiplicaciones directamente que admitía hasta de seis números en el multiplicador y quince en el producto.

Probablemente el gallego Varea ya era consciente de este vacío complejo de inferioridad que invadía el espíritu de muchos y cuyos síntomas era el desdén a lo español y el halago a lo foráneo. Llegó a asegurar que solo había creado la calculadora para demostrar que un español podía «inventar tan bien como un americano».

Rápidamente vino a mi memoria otro desafío: el automóvil deportivo Pegaso Z-102, que muchos aún recuerdan y que obtuvo el récord de velocidad del mundo en 1953, fruto del reto del ingeniero barcelonés Wifredo Ricart, conocido por sus desarrollos y estudios en la industria de la automoción y aeronáutica. Desgraciadamente el proyecto finiquitó en 1958.

Mención aparte es el caso del ingeniero y científico Emilio Herrera precursor clarividente de la aeronáutica internacional y cito literalmente: «Sus estudios e investigaciones le llevaron al convencimiento de la posibilidad del viaje espacial, presentando en la década de los años 30 un proyecto de viaje a la Luna tripulado». En 1936, Herrera también diseñó y construyó el primer traje espacial de la historia. Se trataba de una escafandra estratosférica para ascensión en globo libre con barquilla abierta hasta los 25.000 metros; indumentaria tomada como modelo, posteriormente por la NASA, para el desarrollo de la de los astronautas.

Herrera desarrolló y anticipó cálculos y proyectos para el lanzamiento, puesta en órbita y uso de satélites artificiales, resultando el Sputnik un artefacto análogo al diseñado por el ingeniero español, cuyos planos aparecieron publicados en el diario francés *La Croix* con anterioridad a la gesta espacial soviética. Igualmente, anticipó cálculos y proyectos para el lanzamiento y uso de sondas exploratorias espaciales, tanto de cuerpos del sistema solar, cometas y planetas.

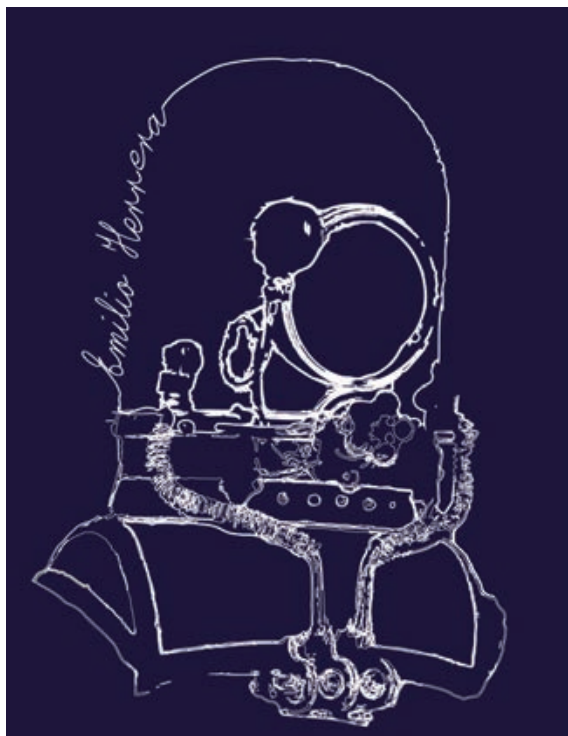
Estos personajes no ocultaron sus habilidades y fuerza creativa, pero en nuestro país, reconozcámoslo, no hemos sabido apreciar, ni promocionar, ni «vender» al exterior.

Unos personajes con una clara disposición para la invención que contrasta con la actitud que arrastramos como país desde hace algunos siglos, y que ha ido configurando la psicología de muchas mentes, de muchas generaciones de conciudadanos en un cómodo modo de resignación.

Un sentimiento negativo que comporta además la necesidad de complacer a los demás sin razones objetivas o reales, distorsionando el yo de cada uno de una manera inconsciente. Una situación que a la larga genera una insensibilidad que condiciona muchas de nuestras acciones en el día a día.

Un ejemplo de este tipo de frustración fue la generación del 98, nacida por la pérdida de autoestima y de las últimas colonias de ultramar.

Por supuesto que numerosos países, y vecinos nuestros, pasaron también por espantosas calami-



El traje espacial de E. Herrera se anticipó 30 años al de la NASA

dades nacionales. Todos tenemos malas rachas en nuestras vidas y colectividades. Aquellos que se sobrepusieron gozaron de una élite intelectual y política que supo encauzar las pérdidas con una clara visión de superación y, por qué no decirlo, de disimulo y de ocultación de sus errores.

En nuestro caso, el martilleo constante de autocrítica del pasado sin ofrecer remedios para salir del bucle mental, no ha permitido a muchas generaciones sentirse orgullosas de sus propios inventores y creadores, menospreciándolos y lo peor, condenándolos al ostracismo.

Pero, y tal como refleja el título de este artículo, felizmente no ha sido del todo así.

La capacidad creativa ha existido en la sociedad española, pero a menudo como un valor oculto. Muchos han sido víctimas de este fatídico complejo de inferioridad que parafraseando al psicoanalista Jung, aún forma parte del inconsciente colectivo de este país. ■